

III. Ruina de la casa Carafa

Cuando en enero de 1559 acaeció la súbita caída de los nepotes de Paulo IV, el Papa expresó la esperanza de que su sucesor castigaría todavía a los culpados convenientemente. Esta palabra tenía al principio pocas probabilidades de realizarse, pues el cardenal Carlos Carafa logró en seguida volver a sentar pie firme en el Colegio cardenalicio después de la muerte de Paulo IV. Para ello le vino bien lo desmedido de la furia de sus enemigos. Aun aquellos que, como el cardenal Pacheco, no eran en manera alguna amigos de los Carafas, censuraron los salvajes excesos de los romanos, a los cuales era interés común del Sacro Colegio poner coto.

Los romanos conocían bien esta disposición de ánimo; aunque acordaron el destierro de los nepotes de Paulo IV que pertenecían al estado seglar, no se atrevieron sin embargo a proceder de la misma manera contra ambos cardenales Carlos y Alfonso Carafa (1). La petición del pueblo romano, de poder expulsar de los Estados de la Iglesia al duque de Paliano, Juan Carafa, fué unánimemente denegada por el Sacro Colegio (2). La conducta prudente del cardenal Carlos Carafa había no poco contribuído a este acuerdo. Delante de los cardenales declaró que si era útil para la Iglesia, no sólo su hermano, sino también él y el cardenal Alfonso saldrían de Roma; que estaban dispuestos a posponer sus intereses privados a los públicos; que si, por el contrario, sólo se trataba de acallar el odio, los cardenales debían reflexionar qué significación tendría semejante condescendencia con la furia popular. Los cardenales consignaron luego en la capitulación electoral

(1) Cf. arriba, p. 40.

(2) Cf. arriba, p. 40.

expresamente la determinación de que el nuevo Papa había de castigar inexorablemente los excesos cometidos durante la sede vacante (1).

Si en estas resoluciones se mostraba el influjo del cardenal Carlos, no obstante no era posible dudar que proseguía la actividad de los antiguos enemigos de aquella familia: si éstos alcanzaban el predominio en el conclave, era de temer un nuevo destierro o tal vez aun algo peor. Con perfecta conciencia del peligro inminente, el cardenal Carlos Carafa, en las negociaciones sobre la elección pontificia, empleó todas sus artes para obtener influjo decisivo en la elevación del nuevo Jerarca supremo de la Iglesia. La manera como procedió en esto, muestra que nada había aprendido en el destierro. Sin miramientos, y con incomprensible orgullo, puso de manifiesto la conciencia de su antiguo poder, y trató a sus colegas como si hubieran sido sus servidores (2). Todos los medios los tuvo por buenos para hacer aparecer su posición como decisiva en la elección, y para utilizarla lo más posible en interés de su familia. A la verdad no se puede afirmar que hubiera estado dispuesto a elevar a la silla pontificia aun a alguno enteramente inhábil, pues sus candidatos Carpi, Pacheco, Dolera y Gonzaga eran varones dignos. Pero en lo demás, siguió en el conclave puramente una política utilitaria. Aunque antes había sido amigo de los franceses, trabajó al principio en favor de los candidatos de los españoles, de los cuales solamente podía esperar una gran recompensa para su familia. Cuando Felipe II pareció no estimar sus servicios, restituyendo Paliano a su antiguo dueño, se declaró neutral, probablemente para hacer sentir a los españoles su importancia, y tuvo en efecto el gusto de verse alternativamente lisonjeado y pretendido por los franceses y los españoles, y ser como árbitro del conclave. Por las promesas hechas por el embajador español Vargas, se volvió de nuevo hacia los españoles, y no tuvo reparo en quebrantar la palabra dada a los franceses, haciendo fracasar la candidatura de Gonzaga, ya muy adelantada.

El que quedase frustrada en el mismo tiempo su tentativa en favor de Carpi, fué para él un grave golpe, pues, como refiere Bernardino Pía, Carafa sabía bien que estaba perdido si fallaba

(1) V. Dembinski, Wybór Piusa IV, 302. Cf. arriba, p. 50.

(2) V. más abajo, p. 169, nota 2, la *relación de Fr. Tonina, de 15 de enero de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

esta candidatura, por la cual se había concitado tantos enemigos (1). De hecho al fin no le quedó otro medio que declararse en favor de Médicis, cuya elección hasta entonces había combatido. Su paso a éste ejecutado en el último momento y en manera alguna voluntariamente, hizose de nuevo por efecto de promesas que dejaban esperar a Carafa, que el nuevo Papa apoyaría sus intereses en el asunto de Paliano y movería a Felipe II a tener la fortaleza en secuestro por lo menos hasta que se hubiera obtenido una compensación correspondiente (2).

Aunque Pío IV reconocía claramente que la intervención de Carafa en su elección no había sido ni voluntaria ni desinteresada, estimó no obstante el gran servicio que le había prestado, y con diferentes actos mostró por modo inequívoco su agradecimiento. El napolitano Fabricio di Sangro, enviado a España a fines de diciembre, era declarado partidario de los Carafas, y llevaba orden de procurar celosamente una compensación por Paliano (3). En el mencionado asunto, el cardenal Carlos podía mirar al porvenir con tanto mayores esperanzas, cuanto Vargas, representante de Felipe II en Roma, estaba enteramente de su parte, y representaba a su soberano con palabras apremiantes cuánto le interesaba cumplir las esperanzas de los Carafas (4). En el mismo sentido trabajaba el duque Cosme I de Florencia, el cual durante el conclave había hecho al cardenal Carafa promesas que le obligaban (5). Cuánto importara la actitud del rey de España, no sólo en lo tocante a Paliano, sino para todo el porvenir de la familia Carafa, no podía ocultarse a un político tan experimentado como Carlos Carafa. Por eso, a principios de enero de 1560, envió un delegado especial a la corte de don Felipe, que se hallaba en

(1) V. la carta de Pía, de 15 de diciembre de 1559, en Ancel, *Disgrâce*, 70, nota 2.

(2) V. Müller, 223 s. Cf. arriba, p. 84 s.

(3) V. la relación de Vargas, de 29 de diciembre de 1559, en Döllinger, *Documentos*, I, 326 s. Cf. el *breve a F. a Sanguine, fechado en Roma el 5 de enero de 1560, en el cual Pío IV hace notar cuánta solicitud tenía por los encargos de Sanguine (*magnae merito nobis curae sunt*), y que el rey accederá a su primera súplica (*Arm. 44, t. X, n. 17, Archivo secreto pontificio*). Cf. Hinojosa, 120.

(4) Además de la relación de Vargas, citada en la nota anterior, cf. también sus *instrucciones para Ascanio Caracciolo, que volvía a España, de 1.º de enero de 1560, *Archivo de Simancas*. Cf. Ancel, *Disgrâce*, 72.

(5) V. Ancel, loc. cit.

Toledo, en la persona de Oliverio Sesso, el cual por manera discreta debía recordar los grandes servicios que el cardenal Carafa había prestado a la causa de los españoles durante la elección pontificia (1). Cómo Pío IV todavía a principios de marzo de 1560 tenía deseo de que el negocio de la compensación por Paliano se despachara en sentido favorable para Carafa, se echa de ver por la instrucción que recibió el nuevo nuncio Octaviano Raverta, que partía entonces para España (2).

Mientras al principio del pontificado de Pío IV parecía prepararse así un porvenir favorable para los nepotes de su predecesor, poco a poco se fué formando sobre sus cabezas la tormenta que había de acarrear su ruina.

El gobierno arbitrario que los Carafas habían ejercido en Roma en la época de su ilimitada influencia sobre Paulo IV, había dejado tras sí suma exasperación y encendido odio en muchísima gente. Entre los numerosos enemigos que se habían hecho los nepotes, se hallaban personas muy influyentes, que emplearon todos los medios para cambiar la disposición de ánimo del nuevo Papa contra los Carafas. En primera línea venían aquí en consideración Marco Antonio Colonna y el poderoso cardenal camarlengo Guido Ascanio Sforza de Santa Flora. Ambos habían sido en extremo ofendidos y gravemente perjudicados por los Carafas en tiempo de Paulo IV. En Santa Flora, representante oficial de los intereses de Felipe II, no sólo era causa determinante el deseo de venganza, sino en grado no menor el conocimiento de que el pro-

(1) V. *Istruzione data dal card. Carafa al conte Olivieri espedito al Re cattolico dopo la creazione di Pio IV (s. d.), Barb., 5674, p. 162, *Biblioteca Vaticana*, utilizada por Ancel, *Disgrâce*, 73.

(2) En ella se dice: *Desiderando levar tutte le occasioni che possano in alcuna maniera adombrare la serenità degli animi di N. Sigr^o e di S. M^{ta} et che tutta la benvolenza et ottima corrispondenza d'animo si conservi et accreschi, mi conviene per espresa commissione di Sua Beat^{ne} far sapere a S. M^{ta} che ha risoluto per ogni modo che Paliano si smantelli, conforme a l'obbligo della capitulatione, et che l'artiglieria et munitione della Sede Apostolica si restituisca. Nel qual proposito non mancherete di far tutta quella istanza a nome di S. Beat^{ne} che potrete maggiore, acciò si adempisca la ricompensa promessa a li signori Carafi, intendendo prima dal sig^r Fabritio di Sangro in che termini lui haverà condotto il detto negotio. Et sopra tutto raccomandate la persona et gli interessi di monsignore ill^{mo} Carafa, quale N. Sigr^o ama teneramente et, come V. S. sa, ha causa d'amarlo... Di Roma a XI di marzo 1560. *Varia polit.*, CXVII (antes CXVI), 380-381, *Archivo secreto pontificio*.

tegido de España, Marco Antonio Colonna, no podría permanecer en posesión de sus castillos sino por el aniquilamiento de los Carafas (1).

El cardenal Carafa, con su conducta desleal en el conclave, se había creado un enemigo muy acerbo asimismo en la persona de Hércules Gonzaga. Quiso la desdicha que Gonzaga y sus amigos, entre ellos el poderoso cardenal de Trento, Madruzzo, luego al principio del reinado de Pío IV, obtuvieran influencia notable en la curia por el enlace de sus familias con la del Papa (2). Mientras Madruzzo trataba de adquirir para los Altemps a Gallese y Soriano, Hércules Gonzaga procuraba allanarse el camino para la suprema dignidad ya en enero de 1560. Los Carafas éranles a ambos un obstáculo para estos fines (3), y por tanto ambos ejercieron una gran presión sobre Pío IV contra los nepotes de Paulo IV. Las representaciones contra los Carafas hallaron oídos en el nuevo Papa con tanto mayor facilidad cuanto que éste, durante el pontificado de Paulo IV, había sido contado en la oposición, la cual conocía exactamente las faltas y errores del gobierno y los criticaba severamente. La oposición contra su predecesor se había ya manifestado tan fuertemente también en otras materias, que se puede hablar de una reacción contra el pontificado de Paulo IV. Los Carafas, que tanta culpa tenían en los desaciertos de su tío, no podían quedar exceptuados en esta reacción. No es pues de maravillar que ya a principios de 1560 amenazara su situación hacerse peligrosa.

Su antigua culpa se acrecentó todavía por un acaecimiento trágico, que había acontecido aún antes de la elección de Pío IV. Juan Carafa, duque de Paliano, hombre fácilmente irritable y que en su ira perdía todo dominio de sí mismo, había llevado una vida brillante, pródiga y disoluta, cuando estaba todavía en la cumbre de su poder. A pesar de su infidelidad, quería a su esposa, la bella, ingeniosa y muy culta Violante de Alife, la cual le había dado tres hijos. No se le ocultaba a ella la vida inmoral de su esposo. Después de la caída de los nepotes, el duque se dirigió con Violante a sus posesiones situadas entre Viterbo y Civitá Castellana, en la ladera del norte del monte Cimino,

(1) Cf. Ancel, *Disgrâce*, 76 s.

(2) Cf. arriba, p. 119 y 123.

(3) Cf. Müller, 267 s. y Ancel, 79 s.

donde residían en los castillos de Gallese y Soriano. En aquel solitario paraje, cuyo serio aspecto causa profunda impresión en todo visitante, en el verano de 1559, viviendo todavía Paulo IV, acaeció un suceso que no se puso del todo en claro, ni aun en el proceso instruido posteriormente (1).

Pudo averiguarse de cierto lo siguiente: en julio del citado año, fué denunciado al duque de Paliano que su esposa sostenía relaciones ilícitas con uno de sus cortesanos, el hermoso y vivo napolitano Marcelo Capece. El duque se volvió tanto más celoso y desconfiado, cuanto se sentía él mismo culpable de muchas infidelidades. Creyó en la culpabilidad de Capece y de su esposa y tomó de ambos sangrienta venganza. Capece fué llevado al calabozo del castillo de Soriano, y la duquesa sometida a severa vigilancia en el castillo de Gallese. A los celos se añadió la falsa estimación del honor que tenían entonces los nobles, según la cual el adulterio de una mujer se debía lavar, como indeleble afrenta de la familia, con la sangre de los culpados. Juan Carafa fué confirmado en este concepto, no sólo por su hermano, el cardenal Carlos, sino también por su cuñado. Estribando en su derecho de juzgar y castigar sin limitaciones, como señor feudal, a sus vasallos, dispuso un tribunal criminal secreto, al cual pertenecieron él mismo, el hermano de la duquesa, Ferrante, conde de Alife, el tío de la misma, Leonardo de Cardine, y todavía otro tercer pariente, Juan Antonio Toralto. La averiguación jurídica, si se la puede llamar así, se efectuó en secreto atropellando todas las formas, sin testigos, defensor ni actuario. El juicio se hizo en el fuerte y antiguo castillo de los Orsinis, que se eleva sobre la pequeña ciudad de Soriano. Por medio del tormento se sacó a Capece la confesión de haber gozado del favor de la duquesa. El duque, arrebatado de

(1) Las antiguas relaciones sobre la muerte de la duquesa de Paliano (de Stendhal [Beyle] en la *Revue des deux mondes*, 1838; Reumont, *Documentos*, I, 483 s.) han sido superadas por el trabajo de Gnoli sobre Violante Carafa, publicado en la *Nuova Antologia*, XIX (1872), 341 ss., 543 ss., 799 s. A éste se han seguido los documentos, editados por Gori en su *Archivio*, I, 245 s., II, 45 ss., 200 ss., 257 ss., los cuales después han sido aún aumentados notablemente por Ancel (*Disgrâce*, 59 ss.). No está demostrado de un modo cierto que la duquesa fuese culpable de adulterio. Tampoco se ha hecho hasta ahora completa claridad sobre la actitud de Paulo IV, enfermo de muerte, en este asunto (Ancel, 61, nota 1). Riess (p. 378) y Parisio (*Arch. Napolit.*, XII, 838 s.) tienen por culpable a la duquesa, sin atender a las razones en contra, de gran peso, que trae Gnoli (loc. cit., 814 s.).

rabia loca, le apuñaló allí mismo, la noche del 26 al 27 de julio de 1559. Por efecto de la excitación y del apremio de los parientes, a que expiara la mancha pretendida del honor de la familia que suponían manchado, asimismo con la sangre de su esposa, enfermó el furioso, y aunque Violante estaba encinta, sólo opuso débil resistencia. El conde de Alife se encargó de estrangular con sus propias manos a su hermana. El 29 de agosto de 1559 se presentó en Gallese con Leonardo de Cardine y hombres armados. Del convento de capuchinos de allí habían llevado consigo dos padres que debían auxiliar a la infeliz víctima antes de su muerte. Los capuchinos procuraron inútilmente obtener una dilación por respeto al estado de la duquesa. El conde les contestó que tenía que ir a Roma y no quería presentarse allí con aquel estigma en la frente. Violante se conformó resignada con su suerte. Se confesó y comulgó y protestó de su inocencia hasta el último momento.

El acaecimiento hubiera producido todavía mayor estruendo, de no haber ocurrido en el tiempo de excitación de la sede vacante, once días después de la muerte de Paulo IV. Los enemigos de los Carafas procuraron que no cayera en olvido. Una relación de Roma de 6 de enero de 1560 notifica que el duque de Paliano había llegado hasta La Storta, la última estación postal antes de Roma, donde había conferenciado durante tres horas con su hermano el cardenal; que no se atrevía a entrar en la ciudad y que su causa presentaba mal cariz. Otra relación de 13 de enero, dice que el duque había implorado la gracia del Papa, pero que éste quería proceder contra los asesinos (1). Pío IV no se precipitó en este asunto. Hasta fines de marzo no pudieron agudos observadores advertir señales de que amenazaba caer sobre los Carafas un castigo riguroso.

La decisión no fué ciertamente fácil para Pío IV; pero «para poner orden no le quedó otro remedio sino arrestar a los violentos nepotes de Paulo IV» (2). En la ejecución de esto procedió con gran prudencia. El 27 de marzo de 1560 Jerónimo de Federicis y Alejandro Pallantieri volvieron a obtener los puestos, que les habían sido quitados por Paulo IV; el primero fué de nuevo

(1) V. los *Avvisi di Roma, de 6 y 13 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 114^b, 117, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Juicio de Benrath en la Enciclopedia real de Herzog, XV³, 437.

nombrado gobernador de la ciudad de Roma y el segundo procurador fiscal (1). Probablemente por consejo de Pallantieri, Pío IV el 3 de abril expidió una ordenación, que renovaba los severos castigos contra los usurpadores de bienes eclesiásticos (2). Esta disposición estaba conexas con acusaciones puestas contra el cardenal Alfonso Carafa, porque, durante la enfermedad de Paulo IV, había abusado de su influencia para obtener regalos. Porque tampoco quedaran impunes los excesos de otros miembros de esta familia, trabajó Pallantieri, a quien pareció ahora llegado el tiempo de tomar venganza de su deposición y de su prisión de más de dos años en el castillo de Santángelo. Un hombre emprendedor y peligroso como este experimentado jurista, era la persona a propósito para juntar de todas partes pruebas de los excesos de los Carafas.

En primer lugar se puso en movimiento a sus acreedores, los cuales en seguida asediaron al Papa con quejas. A principios de abril declaró Pío IV a los cardenales Carlos y Alfonso Carafa, que persistía en que se debía satisfacer a sus acreedores. Ambos cardenales se dirigieron a Gallese a verse con el duque de Paliano, para deliberar cómo podría hacerse esto (3). Poco tiempo después el cardenal Alfonso fué llamado a dar cuenta de sí con ocasión del ordenamiento de 3 de abril. Declaró que había recibido del moribundo Paulo IV como regalo una cajita de piedras preciosas por medio de un breve. Este estaba fechado el día de la muerte de dicho Papa, y los enemigos de los Carafas veían en ello una extorsión que se debía castigar. Pío IV mandó investigar cuidadosamente cómo había llegado la cajita a poder del cardenal, pues el breve no parecía muy auténtico. Ya se decía también, que Pío IV decidiría el litigio de Alfonso Carafa con el cardenal camarlengo en favor de éste (4).

En esta situación de las cosas tenía extraordinaria importancia la actitud del rey de España. Felipe II no podía pensar en anteponer los intereses de los Carafas a los de Marco Antonio Colonna, que le era totalmente adicto. Pero no sólo esto. Según el principio

(1) V. Ancel, *Disgrâce*, 81.

(2) Bull. Rom., VII, 18 s. La fecha (2 de abril) indicada por Ancel (p. 83), es falsa.

(3) *Avviso di Roma, de 6 de abril de 1560, Urb., 1039, p. 145^b, *Biblioteca Vaticana*.

(4) *Avvisi di Roma, de 13 y 27 de abril de 1560, *ibid.*, p. 149 y 151^b.

que lo mejor es aniquilar a los aliados inseguros y adversarios peligrosos mientras hay aún tiempo, la opresión y si era posible, el aniquilamiento de la familia que bajo Paulo IV le había acarreado una tan grave lucha con la Santa Sede, le pareció precepto de política (1). Fabricio di Sangro, como Octaviano Raverta, recibieron respuestas dilatorias, que mostraban suficientemente, que el rey de España daba más oídos a los consejos del cardenal de Santa Flora que a los de Francisco de Vargas (2). Todavía más claro se manifestó el verdadero sentir de Felipe II cuando llegó a Roma el 12 de mayo su embajador extraordinario, el conde de Tendilla (3), enviado a esta ciudad para prestar obediencia. En oposición a Vargas, que se interesaba por los Carafas con celo perseverante, Tendilla mostró una extraña indiferencia respecto de los nepotes de Paulo IV. Habíase hospedado en la embajada española, donde vivía Vargas, pero por expreso deseo del Papa ocupó luego una habitación del Belvedere (4). Los perspicaces sospecharon presto que se llevaban adelante negociaciones en perjuicio de los Carafas (5). Efectivamente no se puede poner en duda que entonces, no sólo los enemigos que los Carafas tenían en Roma, sino también Felipe II, animaron al Papa a proceder decididamente contra los nepotes de Paulo IV (6), y que tuvieron buen éxito. Pío IV, no obstante, se guardó cuidadosamente de dejar ver el cambio de sus sentimientos. Más adelante declaró su actitud diciendo que quería evitar la fuga de los Carafas. Así éstos

(1) Esto lo hace resaltar con razón Hilliger (p. 15).

(2) Cf. Pallavicini, 14, 15, 5 s.; Duruy, 410 s.; Ancel, Disgrâce, 83 s.; Riess, 399 s.

(3) Alba hubiese visto de buena gana que se hubiera diputado a su hijo para ir a Roma como embajador. Si esto se hubiese logrado, dada la enemistad del duque con los Carafas, muy mal lo habrían éstos pasado, como lo hace notar Julio Grandi en su *relación fechada en Roma a 13 de marzo de 1560 (*Archivo público de Módena*). Tendilla se mostró ciertamente asimismo adversario de los Carafas, pues, como es manifiesto, conocía con exactitud los ocultos intentos de Felipe II. Sobre Tendilla cf. Constant, Rapport, 276 s.

(4) Cf. las *relaciones de Vargas, de 15 y 20 de mayo de 1560, *Archivo de Simancas*, utilizadas por Ancel, Disgrâce, 84. Los *Avvisi di Roma, de 17 y 21 de mayo, notifican que Tendilla fué alloggiato a spese di S. S^{ta} in Belvedere con infinite carezze (Urb., 1039, p. 158^b, *Biblioteca Vaticana*). Sobre la tributación de obediencia en 16 de mayo de 1560, v. *Acta consist. Cam., IX, 21 en el *Archivo consistorial del Vaticano*, la *relación de Mula y Mocénigo, de 20 de mayo de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*, y Voss, 66.

(5) Cf. Ancel, Disgrâce, 85 s.

(6) Cf. Hilliger, 15.

podieron lisonjearse de que estaban seguros. Su confianza era tan grande que provocaban directamente a sus adversarios, pues sólo puede designarse como provocación el que el duque de Paliano hiciera incoar en Gallese un proceso contra Marco Antonio Colonna por supuestos intentos de envenenamiento. Pío IV estuvo conforme aparentemente con este proceder, enviando a Gallese un comisario (1).

Todavía a principios de junio el cardenal Carafa no tenía el menor barrunto de cuán cerca estaban ya sus enemigos de su intento. Pero a algunos diplomáticos no se escapó el cambio de la situación. El embajador de Venecia, muy perspicaz observador, notificó entonces al dux, que Tendilla con todo secreto, sin conocimiento de Vargas ni de los cardenales españoles, trataba constantemente con Pío IV sobre el negocio de la compensación por Paliano, que se iba desenvolviendo de un modo desfavorable a los Carafas; que Marco Antonio Colonna procuraba con buen suceso el casamiento de su hermana con Aníbal Altemps; y que la madre de Colonna regresaría muy pronto a Roma. Con esto se juntó la noticia importante de que Vargas, el amigo de los Carafas, no gozaba de favor ni con el Papa ni con la corte (2). El embajador florentino refiere por el mismo tiempo, con qué ardor Pallantieri recogía pruebas contra los Carafas. Como los imperiales, añade, no tienen ninguna consideración al cardenal Carafa, ni en obras ni en palabras, se teme por su porvenir (3).

El cardenal mismo no temía nada. Tenía la firme confianza de que el Papa señalaría una rica compensación, puesto que le debía su elección. Carlos Carafa, así lo refiere Mula, se alegra de que Felipe II no preste oído favorable a sus enemigos; el 3 de junio comió con Borromeo y parece estar enteramente contento (4).

(1) Cf. Ancel, Disgrâce, 88, quien desecha como fantásticas las indicaciones de Duruy (p. 318).

(2) **Carta de 1.º de junio de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) *Carta de J. B. Ricasoli a Cosme I, de 30 de mayo de 1560, *Archivo público de Florencia*, traducida por Ancel, Disgrâce, 82. En 1.º de junio de 1560 *notifica Ricasoli, que Gabriel Serbelloni le ha contado que el papa è stato come resolutto quando fù carcerato Monte di darli *Carafa in compagnia* et che di questo era certo, ma di poi a *intercesione non sa di chi* li pare che si *sia poi mutato* (las palabras que aquí aparecen de *cursiva*, están en cifra). *Archivo público de Florencia*.

(4) **Relación de Mula, de 7 de junio de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.